

Prólogo

Mauricio Jiménez

Una mirada al teatro en México (2000-2010) de Estela Leñero Franco es de los libros que se leen de un tirón, pues su escritura es directa, la utilización que hace la palabra es precisa y de gran rigor, además de tener un sentido dramático que enseguida nos provoca, nos incita y nos guía por un espléndido y generoso recorrido por distintos parajes del arte teatral de nuestra variopinta república del teatro. Un libro sintético y claro, donde no hay necesidad de obstinarse con alguna palabra o concepto, pues su estructura es de la mejor cepa clásica.

Estela, con un conocimiento implícito, logra exponer libremente su opinión sobre las distintas formas de crear el teatro. Pasa de la reseña a la entrevista, de la entrevista a la crítica, de la crítica al ensayo y del ensayo se aventura a estructurar sus afanes como creadora. Sin dejar de lado sus afectos, sus avenencias y desavenencias, al mismo tiempo logramos percibir su infatigable humor y el gran eco de su risa.

Con una apasionada e indiscutible acuciosidad, Estela logra revelar los pequeños relieves y bemoles de los creadores, muchas veces poniendo en evidencia nuestro deseo y comparándolo con nuestros hechos concretos, así sin necesidad ni obligación de demostrar su opinión se vierte y es expresada en el mismo otorgamiento de la palabra al otro y en su compromiso de mostrar al otro incluso con sus propias palabras. Por eso al leer el libro nos sentimos partícipes y cómplices porque escuchamos un diálogo dramático, una lucha por contener con la palabra el pensamiento. La agudeza de dramaturga de Estela se deja ver en cada una de las reseñas y críticas al dejarnos oír de cerca, y con su singularidad, a los corresponsables de las puestas en escena.

Ya afianzada en su experiencia como observadora profesional, Estela, en franco reto, conforma con sus textos una crítica más definida e inquietante; sus

aficiones por la originalidad y el desafío en el espacio se manifiestan en sus preferencias y exaltaciones muy señaladas. Es palpable que la irreverencia, las concepciones temáticas fuertes y las miradas que transforman el espacio la atraen sobremanera, y logra hacer un discurso coherente, lógico y sintético de las obras y coreografías que para los legos serían indescifrables.

Su gran intuición y disciplina la hacen percibir con claridad cuando la vida ronda el escenario, su admiración sincera y sin reticencias para sus maestros le ha permitido conformar una visión crítica que, sin sombra de duda, será una visita obligada para quienes intentemos hacer un teatro futuro. Al mismo tiempo que plasma sus agudas críticas, es capaz de desarrollar una conferencia donde asume su papel de Casandra en la mismísima ciudad de Delfos, otorgándonos con esa exposición un repaso de la memoria perdida sobre las creadoras de la dramaturgia mexicana. Muchas páginas nos dejan ver la capacidad de contacto y cercanía que tiene la autora para hablarnos de su contacto y cercanía que tiene la autora para hablarnos de su experiencia como testigo memorioso del quehacer escénico.

Sólo una mirada y un entrenamiento tan agudo de la crítica pueden movernos a la discusión. Este libro tendría que ser un texto obligado, no sólo para el periodismo cultural ni para los que hacemos el teatro, sino como una memoria viva de los que nos sentimos parte de este territorio llamado México.

Estela conforma una voz: su voz plural, en ella somos nosotros, nosotros somos en ella, y sí, estoy seguro, este libro no es una Estela, es un legado.